

REVISTA DE PSICOLOGÍA

Vol. 27 (2), 2009, ISSN 0254-9247

Lima, Perú

Álvaro Ayala

Mónica Cassaretto B.

Carolina Dockhorn

Verónica López

Mónica Macedo

Patricia Martínez U.

Macarena Morales

Paula Moreyra

Magaly Nóblega

Betty Peña

Cecilia Thorne

Stella Maris Vázquez

DEPARTAMENTO
DE PSICOLOGÍA



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento de Psicología

REVISTA DE PSICOLOGÍA

ISSN 0254-9247

Vol. 27 (2), 2009

Directora: Cecilia Thorne

Sub-directora: Sheyla Blumen

Comité Ejecutivo: Roberto Criado, Santiago Cueto, Marcia de la Flor, Roberto Lerner, Matilde Ráez, María Ragúz

Comité Editorial: Reynaldo Alarcón (*Universidad Ricardo Palma, Perú*), Victoria Arévalo (*Pontificia Universidad Católica del Perú*), Robert Bechtel (*University of Arizona, EE.UU.*), Germán Berrios (*University of Cambridge, Reino Unido*), Mary Louise Claux (*Pontificia Universidad Católica del Perú*), Jozef Corveleyn (*Katholieke Universiteit Leuven, Bélgica*), Susana Frisancho (*Pontificia Universidad Católica del Perú*), Fernando Jiménez Gómez (*Universidad de Salamanca, España*), Ramón León (*Universidad Ricardo Palma, Perú*), Alegría Majluf (*Universidad Peruana Cayetano Heredia*), María Regina Maluf (*Universidade de São Paulo, Brasil*), Patricia Martínez (*Pontificia Universidad Católica del Perú*), Aníbal Meza (*Universidad Peruana Cayetano Heredia*), Franz Mönks (*Radboud Universiteit Nijmegen, Holanda*), Luis A. Oblitas (*Universidad Nacional Autónoma de México*), Alfonso Orantes (*Universidad Central de Venezuela*), Juana Pinzás (*Pontificia Universidad Católica del Perú*), Ernesto Pollitt (*University of California, Davis, EE.UU.*), María del Pilar Sánchez-López (*Universidad Complutense de Madrid, España*), Malva Villalón (*Pontificia Universidad Católica de Chile*), Orlando Villegas (*Wayne State University, EE.UU.*)

Asistente de Edición: Paula Moreyra

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (511) 626-2650, Fax: (511) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño de cubierta y diagramación de interiores: Fondo Editorial PUCP

ISSN 0254-9247

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 95-0869

Registro de Proyecto Editorial 31501361000223

Primera edición: marzo 2010

Tiraje: 150 ejemplares

REVISTA DE PSICOLOGÍA

ISSN 0254-9247

Vol. 27 (2), 2009

CONTENIDO

ARTÍCULOS

Mónica Macedo y Carolina Dockhorn. La prisión del ser: un problema contemporáneo 161

Stella Maris Vázquez. Motivación y voluntad 185

Magaly Nóbrega, Cecilia Thorne, Betty Peña y Paula Moreyra. Imágenes de la niñez desde la perspectiva de las madres peruanas 213

Verónica López, Macarena Morales y Álvaro Ayala. Maltrato entre pares: conductas de intimidación y victimización en escolares chilenos 243

Mónica Cassaretto B. y Patricia Martínez U. Validación de la Escala del Sentido del Humor en estudiantes universitarios 287

RESEÑA 311

La prisión del ser: un problema contemporáneo

Mônica Macedo¹ y Carolina Dockhorn²

Pontificia Universidad Católica do Rio Grande do Sul, Brasil

El artículo aborda la asociación entre razón y promesa de felicidad establecida en el ideario iluminista y cuestiona sus influencias en la construcción del sujeto contemporáneo. Reflexionando sobre el proceso de subjetivación y sus efectos en el campo de la alteridad, se propone que la razón lógica no recupere la verdad del sujeto. El psicoanálisis se presenta como recurso fundamental para una reflexión sobre el sufrimiento en la actualidad, dado que el predominio de patologías ligadas al narcisismo traduce una especie de distanciamiento del sujeto en relación a sí mismo. La modernidad, que señalaba posibilidades de libertad al destacar al deseo como fuerza transformadora, pierde espacio frente a una cultura posmoderna que prioriza el tener en relación al ser.

Palabras clave: psicoanálisis, posmodernidad, narcisismo, sufrimiento psíquico.

Prison of the being: A contemporary problem

The article addresses the associative link between reason and the promise of happiness set in the illuminist ideology and questions their influence on the construction of the contemporary subject. Reflecting on the process of subjectivity and its impact in the field of otherness, it is proposed that the logical reason does not recover the truth of the subject. Psychoanalysis is presented as a key resource for reflection on the human suffering at present, given that the prevalence of diseases linked to narcissism reflects a kind of distancing of the subject in relation to himself. Modernity, which waved opportunities for freedom emphasizing desire as a force of change, loses room to a postmodern culture that prioritizes having over being.

Keywords: Psychoanalysis, post modernity, narcissism, psychic suffering.

- ¹ Psicóloga, Psicoanalista, Magíster en Educación y Doctora en Psicología por la PUCRS. Profesora Adjunta y Coordinadora del Grupo de Investigación Fundamentos e Intervenciones en Psicoanálisis y del Servicio de Atención e Investigación en Psicología de la Facultad de Psicología de la PUCRS. Miembro Pleno de la Sociedad Psicoanalítica del Sur de Buenos Aires. Contacto: Av. Ipiranga 6681, Prédio 11, 9º andar, CEP 90619-900, Brasil; monicakm@pucls.br
- ² Psicóloga, Magister en Psicología Clínica por la PUCRS. Psicoanalista en formación en Sigmund Freud: Asociación Psicoanalítica de Porto Alegre. Profesora Asistente y Supervisora del Servicio de Atención e Investigación en Psicología de la Facultad de Psicología de la PUCRS. Contacto: Av. Ipiranga, 6681, Prédio 11, 8º andar, CEP 90619-900, Brasil; carolina.dockhorn@pucls.br

En la medida en que la necesidad se encuentra socialmente soñada, el sueño se hace necesario. El espectáculo es el mal sueño de la sociedad moderna aprisionada, que finalmente solo expresa su deseo de dormir. El espectáculo es el guardián de ese sueño (Debord, 1977, p. 19).

La relación del hombre con el conocimiento se extiende por siglos, siendo matizada por diferentes colores y contornos en la medida en que esa relación es impregnada por las condiciones históricas de cada periodo. Desde la Antigüedad Clásica se encuentra la idea de que la ciencia es el recuerdo de las Verdades Eternas. En ese raciocinio el hombre, según Platón, nada podría aprender sino aquello que ya sabe pues la verdad le es innata (Koyré, 1982). Al considerar que la verdad residía en el interior del alma se hacía necesario conocerla para apropiarse de un saber. Tal saber, en la *episteme* griega, estaba íntimamente relacionado con un conocimiento de lo necesario y de lo eterno, como por ejemplo en el caso de las matemáticas.

En la Edad Media la ciencia sufría muchos e importantes tropiezos ya que el hombre era fundamentalmente influenciado por el conocimiento venido de la familia, del pueblo y, principalmente, de la religión. De hecho, era justamente la religión que “detenía el poder de decisión sobre las acciones humanas; por eso, al mismo tiempo en que amparaba al hombre también lo constreñía, retirándole su capacidad de construir sus propias referencias internas” (Primon, Siqueira Júnior, Adam & Bonfim, 2000, p. 36). Así, la ciencia y el conocimiento de esa época tenían como finalidad demostrar la verdad de la doctrina oriunda de la Iglesia Católica.

El periodo renacentista se caracterizó por el espíritu de aventura y de curiosidad, cuando se operó un cambio significativo en la manera como el hombre se veía a sí mismo y al mundo en el que vivía. Sin

embargo, de ese tiempo resultó un conocimiento en el cual predominaban la creencia en la magia y en la hechicería y que, por lo tanto, prescindía de una inspiración científica (Koyré, 1982; Penna, 2003). En el Renacimiento el conocimiento se abstenía de la teoría y de una razonable clasificación de los hechos, lo que evidenciaba la dificultad de evaluar la veracidad o no de la información recibida.

A pesar de eso, fue en el contexto histórico del Renacimiento que ocurrió la Revolución Científica desde el siglo XV hasta el final del siglo XVI, la cual generó un:

Moderno concepto de ciencia, afectando todos los campos de la ciencia, incluso cambiando las técnicas de investigación, los objetivos que el hombre de ciencias establecía para sí mismo, señalando un nuevo papel que la ciencia desarrollará frente a la filosofía y a la propia sociedad. (Primon et al., 2000, pp. 45-46)

El Renacimiento, como época de grandes descubrimientos y exploraciones, se delineó por notorios avances en las ciencias y en la astronomía. La ampliación de las fronteras a través de las navegaciones marítimas se reflejó en la amplitud del deseo de saber respecto del mundo.

El ideario renacentista marcó, de esa forma, el completo paso de la Edad Media a la Edad Moderna establecido a través de la metáfora de la Muerte de Dios, formulada por Nietzsche y retomada por Heidegger: frente a la muerte de Dios el hombre pasa a creer que sería el legislador de la naturaleza y de la sociedad. Conforme explicita Birman (2001), Heidegger se apoya fundamentalmente en la idea defendida por Weber que consistía en “el desencanto del mundo, el vaciamiento de los dioses y la racionalización creciente de la existencia forjada por el discurso de la ciencia la principal marca de la modernidad” (p. 18). Precisamente por tal modificación, el nuevo concepto de ciencia se relaciona con el reconocimiento de la importancia del hombre y de su relación con el mundo natural.

Se funda entonces la ciencia moderna que tendrá en René Descartes uno de sus exponentes. Al articular la cuestión del conocimiento

y del saber al pensamiento y a la razón lógica, Descartes inaugura el concepto de un sujeto que se funda enteramente en el acto de pensar. Según Penna (2003), el sujeto para Descartes “es un sujeto vacío de cualquier calidad psicológica, cuya certeza de su existencia es verificada en el momento evanescente y puntual en que duda” (p. 31). Se configura a partir de ese razonamiento una relación de equivalencia y, por lo tanto, de reduccionismo de la razón a la lógica conciente y, así, no hay espacio para la consideración de los aspectos intrapsíquicos.

La idea de la duda como fuerza propulsora para el verdadero conocimiento defendida por Descartes lo llevó a concluir ser esa, la duda, la única certeza de todo. Si dudaba, era por pensar y, si pensaba, el sujeto existía. De ahí su famosa frase: *cogito ergo sum* o “pienso, luego existo”. El *cogito* de Descartes propone que el único saber sea aquel adquirido por las ideas, desvinculando el sujeto de las “calidades empíricas del alma y del yo” (Penna, 2003, p. 31). Por el uso de la razón lógica y de la crítica se construye el acceso a la verdad, o sea, el saber es el saber de la razón, dejando poco o ningún espacio para aquello que escapa a la racionalidad de la conciencia.

Ese escenario que pone en evidencia un saber que instauro los enunciados como universales, marca fuertemente la construcción del pensamiento iluminista en los siglos XVIII y XIX. La idea forjada en ese ideario iluminista era que por la razón y por el saber el hombre podría provocar transformaciones individuales y colectivas. Millan (2002) observa que el pensamiento iluminista inauguró un nuevo periodo en el cual el tiempo presente pasó a ser el realizador de los ideales humanistas y el futuro, desconocido, imprevisible, ilimitado y pleno de potencialidades. Bajo la égida del progreso los pensadores iluministas dejaron atrás la determinación divina del tiempo y de la historia. Así, se constituyó un lazo asociativo entre razón, saber y promesa de felicidad a través de la idea de que el perfeccionamiento del espíritu humano, el cual debería incluir a todos de manera indiscriminada, sería la vía por la cual la felicidad sería posible de alcanzarse por todos. Cabe cuestionar, entre tanto, cuales consecuencias tuvieron esos nexos asociativos sobre la construcción del sujeto en la contemporaneidad.

Si por un lado la posibilidad de dudar estimulaba al sujeto a entrar en nuevos espacios, la estrecha conexión del saber con el dominio de la conciencia trae algunas consecuencias importantes en la configuración de las potencialidades del avance científico. Al prometer un lugar de supremacía a la razón el sujeto se descuidó de la subjetividad; al insistir en el predominio de los discursos técnicos y científicos se alejó de la noción de alteridad. Se percibe, así, una confusión entre el ideal iluminista de dominar territorios y un cercenamiento de la capacidad de accederse y de acceder al otro. Al proponer normas para producir, supuestamente, igualdades cada vez mayores se abrieron espacios para desigualdades, disolviendo lazos sociales y disminuyendo espacios de subjetividad. Ganan importancia las ciencias del saber de vigilancia, de examen, de control y de previsión de los actos humanos.

Es en ese contexto iluminista que nace el psicoanálisis. Su nacimiento trae la potencialidad de otro modo de disfrutar la capacidad de pensar. La razón puede también estar al servicio de aquello que ella misma desconoce pero no puede negar su existencia. El pensamiento de Sigmund Freud descubre al mundo aquello que adviene de otro lugar y que presupone otra forma de acceso. No se trata ya de un saber vinculado a la proposición de una verdad universal. Al contrario, al proponer la escucha como una forma singular de operar con la verdad, es la singularidad de la historia del sujeto que se lanza a la condición de primacía. Su texto de 1900, *La Interpretación de los Sueños*, es el ejemplo más cabal de la existencia de un saber que puede y debe prescindir de lo que está predeterminado. Descifrar sueños no significa para Freud echar mano de interpretaciones previas y estandarizadas; al contrario, los sueños son considerados como la vía regia al más recóndito espacio de ser en el sujeto. Por lo tanto, aun siendo un hombre con influencias decurrentes del pensamiento iluminista, Freud, al contrario de las ideas defendidas por Descartes, instaura espacios de cuestionamiento a una equivalencia reduccionista entre conciencia y psique.

Como bien destaca Penna (2003), en el texto freudiano no se encuentra la idea de un individuo. Al contrario:

El psicoanálisis opera con un sujeto dividido entre dos lógicas: la lógica del sistema inconciente y la lógica del sistema conciente, entre la ‘realidad psíquica’ y la ‘percepción-conciencia’. El conocimiento conciente no recupera la verdad del sujeto, la verdad de la castración. (p. 36)

En la medida en que se refiere a un desconocido que habita el sujeto, Freud rompe con una idea de equivalencia entre psiquismo y conciencia. La existencia del inconciente coloca al sujeto ante la condición de falta y de ausencia de saber y de control. Se trata de una ignorancia decurrente de la propuesta de un sujeto atravesado por la castración y, por lo tanto, inscrito en una innegable condición de desamparo.

Para Birman (1999a), “el registro psíquico del desamparo es algo de orden original, marcando la subjetividad humana para todo y siempre, de manera indeleble e insofismable” (p. 37). Establecer un contrapunto con el *cogito* de Descartes y los aportes psicoanalíticos permite la propuesta de que no es por pensar que el sujeto existe; lo que lo hace existir exactamente como sujeto psíquico es el hecho de ser habitado por lo impensable.

La creencia de felicidad hecha posible por la ciencia en el discurso del Iluminismo es enfrentada por los cuestionamientos presentes en los textos de Freud. En 1930, al escribir *Malestar en la Civilización*, Freud hace evidente una crítica contundente a la modernidad cuando señala, por ejemplo, a la “moral sexual civilizada” como causante de muchas enfermedades nerviosas (Birman, 1999b). Además, Freud alerta sobre la imposibilidad de alcanzar la felicidad por una fórmula universal. La necesidad de una búsqueda singular es percibida, la ausencia de garantías universales para lo que es del orden de la singularidad es puesta en evidencia. No será vía formulas universales que el sujeto encontrará sentido para su existencia. Además de fugaz, la felicidad demanda un trabajo de construcción de sentido.

La transición de la modernidad a la posmodernidad implica una verdadera crisis en la ciencia y en el saber filosófico, provocada sobre

todo por el impacto del desarrollo tecnológico sobre el saber. Desde entonces conceptos iluministas como los de racionalidad, progreso y humanismo están siendo revisados dando lugar a nuevos paradigmas relacionados con el escenario cibernético de la actualidad como, por ejemplo, eficacia, *performance* y aumento de potencia. Además, se disolvieron las modernas instancias reguladoras, ordenadoras de las subjetividades y de los lazos sociales, lo que tiene como consecuencia el privilegio del cambio, de lo fragmentario, de lo caótico, la inestabilidad del lenguaje y de los discursos sin cualquier legitimación del pasado (Dockhorn & Macedo, 2008). Así, si durante siglos la necesidad y el deseo de saber movieron muchas conquistas humanas, los tiempos actuales imponen la constatación del distanciamiento del sujeto en relación al sí mismo. Como si nacida en la callada noche una especie de repulsa al desamparo recubre al día con la ilusión de la compra de la felicidad. Las prótesis para el vacío del desamparo son continuamente ofrecidas por un mercado en el cual el hombre se hace presente como la mercancía más fluida y mutable.

Nuestros tiempos traducen el drama de esa situación. Incuestionables son los avances del conocimiento científico, así como también innegables son las constataciones de las estrategias utilizadas para no sentir los efectos del distanciamiento del saber de sí, de los valores éticos, de la vivencia de la alteridad. El movimiento autoreflexivo parece haber cedido espacio a prácticas que señalan más el *tener* que propiamente el *ser*, y frente a tal fenómeno se cuestiona cuál sería la más precisa descripción de la subjetividad en los tiempos actuales. Así, al proponer un paralelo entre el énfasis dado al predominio de la razón lógica en detrimento de la subjetividad, se busca comprender la forma de subjetivación producida en ese contexto de exclusión de la capacidad de enfrentarse con el desamparo.

El psicoanálisis se presenta, en este texto, como un recurso fundamental para que se pueda hacer una reflexión sobre el hombre y su sufrimiento en la actualidad. Se parte del presupuesto de que el texto psicoanalítico está habilitado para proveer una lectura del hombre en los tiempos actuales y del tiempo actual del hombre. La afirmación que

el psicoanálisis trae, desde su origen, una relación íntima con la idea de libertad se encuentra reafirmada en las palabras de Birman (1999b): “al pretender, con Freud, tornar conciente el inconciente, lo que estaba en pauta era liberar al sujeto del determinismo y del yugo del inconciente para ampliarle el campo de la libertad y posibilitarle mayor movilidad” (p. 12).

De ese modo, es importante estudiar las ideas de algunos autores sobre cómo se expresa la subjetividad en la contemporaneidad. La intención de este texto es proponer cómo, a partir del psicoanálisis —y más específicamente de los aportes freudianos—, se puede constatar que el narcisismo y los comportamientos de autocentrado son predominantes en las formas actuales de subjetividad. El punto de partida es descubrir un escenario encubierto por la avidez del consumo, de las falsas intimidades, de la fusión y del *performance* que esconden un inmenso desamparo del sujeto contemporáneo.

Configuraciones de la modernidad: una comprensión psicoanalítica

El psicoanálisis nace de los intentos de Freud de descifrar el enigma de la histeria. En aquel tiempo también le cupo a Freud el desafío de no quedarse sobre el hechizo de la escena expuesta, del cuerpo enfermo y quejumbroso. En ese proceso sufrió las consecuencias de su tiempo. Al hablar de sexualidad y de deseo recibió más críticas que elogios.

Roudinesco (2000) destaca que fue justamente por asociar una:

Teoría no genital de la sexualidad a un concepto no cerebral del inconciente y por distinguir el trauma de la fantasía para pensarlos en sus diferencias, que el Psicoanálisis se consideró un pansexualismo durante toda la primera mitad del siglo XX. (p. 77)

Los adversarios del psicoanálisis, agrega la autora, tenían su impacto en el cuerpo social y lo acusaban de introducir el desorden moral en las familias. Al escuchar las formas de subjetividad de su tiempo Freud abre espacio para que los impedimentos del deseo fuesen

nombrados. Al dar voz a sus pacientes desafía la regla instituida de un previo conocimiento psiquiátrico, estandarizado, que colocaba en el médico la posesión de un saber sobre el otro. De hecho, el psicoanálisis surge en reacción al nihilismo terapéutico dominante en la psiquiatría alemana de fines del siglo XIX, el cual preconizaba la observación del enfermo sin escucharlo y la clasificación de la patología sin la intención de ofrecerle tratamiento (Roudinesco & Plon, 1998). Enfatizando esta idea Freire (2002) destaca el hecho de que, desde el inicio de sus estudios, la forma en que Freud comprendía la histeria lo diferenciaba de sus colegas médicos, posibilitando así la gran transformación clínica que ocurrió en el final del siglo XIX, el desplazamiento del campo visual —evidenciado en la teatralidad— hacia la escucha del sufrimiento psíquico.

A partir de los estudios freudianos del inicio del psicoanálisis, Assoun (como se cita en Freire, 2002) considera que Freud no se interesó apenas por los fenómenos histéricos. Su interés por la mujer, por ejemplo, se convirtió en una reflexión sobre las consecuencias de la femineidad en la cultura, fundamentada, lógicamente, en aquello que escuchaba en la clínica. De esa manera, la histeria traducía, con toda su agudeza, la opresión sufrida por la mujer en aquella época dado que al ser considerada una *enfermedad del útero* quedaba restringida al sexo femenino. Las innumerables técnicas de *cura* de la histeria no hacían más que evidenciar ese lugar de represión a la sexualidad femenina. Freud, cuando rompe con el concepto de histeria de la época, inaugura un movimiento que marca toda la historia del psicoanálisis: la capacidad de cuestionar lo aparente y lo instaurado para revelar lo que origina e impulsa los fenómenos humanos primero en el campo de la patología pero, después, también en el contexto de la normalidad.

En la medida en que el psicoanálisis se amplía y pasa de un registro de la clínica hacia una comprensión de la cultura se hace evidente, en los textos freudianos, una crítica contundente a la modernidad. Para Freud, desde el inicio la vida en sociedad presupone renunciaciones fundamentales del hombre, quien no puede realizar todos sus deseos en razón del propio mantenimiento de la vida social. De ahí recurre un

antagonismo: los individuos se necesitan los unos a los otros pero sueñan en vivir alejados de la sociedad que limita la satisfacción pulsional (Freud, 1930/1976). En el ideario de la cultura moderna dicho antagonismo queda profundamente marcado por tentativas culturales de creación de vínculos substitutos, sobre los cuales Freud (1930/1976) profirió una condena inapelable. Esos intentos solo pueden fracasar pues se fundamentan en el desconocimiento de la:

Universalidad de la hostilidad de los hombres unos para con los otros, en un rechazo a tener en cuenta la agresividad y la crueldad inherente al género humano, dimensiones cuya preeminencia es demostrada tanto por la historia como por la actualidad. (Roudinesco & Plon, 1998, p. 491)

Freud (1930/1976) resalta la dificultad de ser feliz en esa civilización que impone tantos sacrificios al hombre, no solo en relación a la sexualidad, sino también a la agresividad, afirmando que “el hombre civilizado cambió una fracción de sus posibilidades de felicidad por una fracción de seguridad” (p. 137).

Lasch (1991) recuerda que “cada sociedad reproduce su cultura —sus normas, sus supuestos, sus formas de organizar la experiencia— en el individuo en la forma de la personalidad. Como dijo Durkheim, la personalidad es el individuo socializado” (p. 56). El autor resalta el hecho de que el proceso de socialización, inicialmente realizado por la familia y posteriormente por la escuela y otros organismos de formación del carácter, modifica la naturaleza humana buscando adaptarla a las normas sociales predominantes. Los patrones culturales modernos hablaban a través de la patología histérica. Las mujeres de aquella época demostraban con sus conversiones somáticas toda dificultad de lidiar con el cuerpo sexualizado. Al reflexionar sobre las influencias de la cultura en las patologías Lasch (1991) afirma que:

Cada época desarrolla formas peculiares de patología que expresan de manera exagerada la estructura de carácter subyacente. En la época de Freud las histerias y las neurosis obsesivas llevaban a extremos los

trazos de carácter asociados a la fase prematura del orden capitalista: avidez, devoción fanática por el trabajo y una represión feroz de la sexualidad. (p. 64)

El psicoanálisis sigue siendo una forma privilegiada de escucha del hombre y de su tiempo, y en él se encuentra actualmente, según Birman (1999a), “una lectura de la subjetividad y de sus dilemas en la modernidad” (p. 17). La mirada retrospectiva a la modernidad es inevitable en la medida que la historia se hace en la convivencia del legado de un tiempo pasado que teje eslabones invisibles con el tiempo actual. La definición de salud o de enfermedad está ligada a marcas del tiempo y a la influencia de las herencias recibidas, sean ellas aceptadas o rechazadas.

La relación existente entre el contexto cultural y social, la patología y la salud, es destacada por Lasch (1991) cuando enfatiza que “la insistencia de Freud en la continuidad existente entre salud y enfermedad hace posible que consideremos a las neurosis y a las psicosis en algún sentido como expresión de una determinada cultura” (p. 56). Por cierto, la literatura psicoanalítica expresa claramente que la posición estratégica de ciertas categorías freudianas como pulsión, deseo y placer exige que nos reportemos a un horizonte histórico y antropológico (Birman, 1999a; Lasch, 1991).

Considerando que la modernidad está íntimamente asociada al ideario iluminista de la Revolución Francesa, esta quedaba metafóricamente asociada a una idea transformadora. En ese sentido la idea de modernidad podría asociarse a la idea de Freud sobre ser el deseo lo que viabiliza las transformaciones de la individualidad y, en consecuencia de eso, el deseo se presenta como la fuerza propulsora de la condición de reinención del sujeto viabilizando su capacidad de cambio. Sin embargo, se encuentra una posibilidad de asociación entre ambos —modernidad y cambio— solamente en lo que respecta a la idea de transformación, pues cada vez más en la práctica los idearios de la modernidad son criticados por Freud al afirmar, contrariamente a las ideas iluministas, que la modernidad tendría un malestar inherente.

Cabe, en ese sentido, resaltar que la crítica de Freud se centra, según destaca Birman (2001), “en los efectos de la modernidad sobre la subjetividad” (p. 17). La condición de escucha de los sufrimientos psíquicos de su tiempo le permitió a Freud revelar esos efectos y seguir sus pistas en dirección a aquello que no era patrimonio de la lógica racional.

Libertad y sufrimiento: paradojas de la modernidad

La contemporaneidad puede ser caracterizada a partir de dos contribuciones extremadamente pertinentes para describir los tiempos actuales. Utilizando el término *cultura del narcisismo*, Lasch (1991) describe un mundo centrado en el Yo, donde predomina la dificultad de admirar al otro en su diferencia. La especularidad ocupa el lugar de la alteridad causando un vacío en la intersubjetividad. Debord (1997) se ocupa de describir lo que denomina la *sociedad del espectáculo*. En esa descripción el autor enfatiza el modo como se da la expresión de las individualidades y de las relaciones en la posmodernidad. La exhibición y la teatralidad pasan a ser formas privilegiadas de inserción y manifestación de los sujetos en la sociedad. La exterioridad es la forma principal como se administra la subjetividad, la mirada de admiración y el aplauso del otro son buscados incesantemente.

Se puede afirmar, entonces, que en el paso de la modernidad a la posmodernidad algo del orden del sujeto y del deseo se transformó radicalmente. El deseo ya no es visto más por el sujeto como un instrumento de modificación y reinención de sí mismo, del orden social y del mundo. Al contrario, las vicisitudes contemporáneas del deseo apuntan hacia una dirección exhibicionista y autocentrada en la cual el espacio de la subjetividad se vuelve vacío y despojado. Es como si el sujeto, aun cercenado por la existencia del inconciente, insistiese en presentarse como un único, un bloque estandarizado que necesita despertar fascinación en la mirada de otro. Hay una exaltación del Yo que, al contrario de una apropiación de ser, lo coloca en el centro de un palco a representar un papel que busca responder a una convocatoria

exhibicionista, a exponer una pseudo potencia encubridora de su efectiva —e inevitable— condición de desamparo.

La sociedad posmoderna, marcada por el consumo, es orientada por la seducción, querer volátiles y deseos crecientes. La convocatoria es la de estar siempre listo, tener la capacidad de aprovechar la oportunidad en el instante en que ella se presente, desarrollar nuevos deseos para las nuevas seducciones que serán siempre indispensables. Hay una creciente mercantilización de todos los dominios de la experiencia humana. De hecho, conforme destaca Homem (2003), el sujeto cede a la lógica mercantil y consumista los territorios antiguamente privatizados de su cuerpo y de su alma, su mundo interior: se esfuerza en convertir su cuerpo en el reflejo de los modelos vendidos como perfectos e idealizados, “mientras su ‘alma’ vaga de los psicofármacos a los libros de autoayuda, del programa mediático de TV al remolino alienante de la industria del entretenimiento en busca de alguna paz o anestesia, hoy casi sinónimos” (p. 3). La dialéctica del deseo y de la falta se muestra, así, sin consistencia: mientras ella debería permitir al sujeto enfrentarse con el vacío, posibilitando el despertar del deseo, lo que ocurre es una necesidad continua de ponerle fin a la falta instaurando un nuevo objeto, nuevo producto, nuevo falo, que bloquearía cualquier alusión al vacío. Aun según la reflexión de Homem (2003), reside ahí “el aspecto más arduo de la *desechabilidad* ya que obliga al sujeto a encadenarse a innumerables objetos acabando por no ejercer su deseo que, paralizado y perdido, lo coloca en el lugar de no-ser” (p. 4).

En esa misma perspectiva, Baumann (2004) describe las “facilidades” de comunicación en la contemporaneidad destacando que “la distancia no es más obstáculo para entrar en contacto – pero entrar en contacto no es obstáculo para permanecer aparte. Los espasmos de proximidad virtual terminan, idealmente, sin sobras ni sedimentos permanentes” (p. 82). El espacio de la virtualidad brinda al sujeto la posibilidad de la proximidad distanciada, limitada, controlada. Por cierto, la exigencia de habilidades decurrentes de las vivencias de permanencia o de intimidad parece ser un problema a ser evitado.

Considerando su idea, ya referida anteriormente, de la relación existente entre los contextos cultural y social, y el campo de la patología y salud, Lasch (1991) afirma que las actuales condiciones sociales tienden a aflorar esos trazos narcisistas que están siempre presentes, en mayor o menor grado, en cada uno de nosotros. Por lo tanto, se vuelve necesario presentar, en este momento, una breve revisión de los aportes freudianos sobre narcisismo.

El concepto de narcisismo lleva a pensar en una especie de clausura del sujeto en sí mismo. Sin embargo, al revisar la obra de Freud se encuentra en el texto de 1914 *Sobre el Narcisismo: Una Introducción*, una descripción que permite abordar otro concepto de narcisismo. En un primer momento el niño necesitará ser libidinosamente investido por el otro que construya su Yo, o una imagen unificada de sí mismo. Antes que el Yo se constituya es imposible para el niño la percepción de que el otro tiene una existencia independiente de él. De esa manera, el narcisismo es pensado como una etapa de constitución del Yo, momento necesariamente antecedente de la capacidad del Yo de invertir en las relaciones del objeto (Freud, 1914/1976).

Cuando Freud se refiere a la patología del narcisismo describe otra dinámica. En el narcisismo patológico hay un desequilibrio en la “balanza” de inversiones que el Yo establece entre sí mismo y los objetos. Así, el autor señala que “debemos comenzar a amar con el fin de no enfermar y estamos destinados a caer enfermos si, en consecuencia de la frustración, fuéremos incapaces de amar” (Freud, 1914/1976, p.101). La observación de Lasch (1991) de que el narcisismo patológico despuntará solamente después de que el Yo se haya desarrollado y diferenciado de los objetos circundantes, es muy pertinente. Para desarrollarse el Yo necesita los objetos, y para no enfermarse necesita construir, paradójicamente, espacios de proximidad y espacios de diferenciación con los objetos; necesita invertir la vida e investirse en la vida.

Hoy día se observa en la clínica psicoanalítica la gran demanda de pacientes con quejas de múltiples y, al mismo tiempo, difusas insatisfacciones ante la vida. Describen una sensación de vacío y desesperanza, se muestran desmotivados y, de un modo general, parecen

más describir sentimientos que realmente sentirlos. Las demandas de la clínica son una especie de traducción combinatoria e inagotable de esas variantes contemporáneas. Conforme señala Hornstein (2000), “en los motivos de consulta predominan en proporción aplastante dificultades de regulación de la autoestima, desesperanza, alternancia de ánimo, apatía, hipocondría, trastornos del sueño y del apetito, ausencia de proyectos, crisis de ideales y de valores” (p. 16). En la privacidad del espacio analítico se descubren dramas al mismo tiempo singulares y comunes, escondidos, evitados pero también compartidos. La promesa de felicidad presente en la idea de la primacía de la razón parece cada vez más distante, como un ideal inalcanzable en la medida en que tampoco se sabe muy bien lo que se entiende por felicidad. La idea de falta o de desamparo es evitada a un costo muy alto, cada vez más el sujeto recurre a prácticas alienantes para no enfrentar sus verdaderos dolores. Sufre por lo que no tiene pero no puede parar para pensar en lo que no consigue ser.

El psicoanálisis, una forma de tratamiento psíquico que surgió de la experiencia con individuos seriamente reprimidos y regidos por una moral rígida, ahora se ve enfrentado, conforme afirma Lasch (1991), con pacientes a los cuales les falta la capacidad de afligirse. Son pacientes que se quejan de un vacío interior al mismo tiempo que “cultivan fantasías de omnipotencia y una fuerte creencia en su derecho de explotar los demás y ser gratificados” (p. 60). Esa cultura del narcisismo, como describe el autor, trae como dificultad un temor en relación a no tener futuro. Lo actual es priorizado, la propia realización es buscada. La rapidez, la superficialidad y la avidez marcan las relaciones. Maia (2005) resalta que los lazos afectivos en la contemporaneidad acaban por tener que generar placer inmediato adecuándose a la lógica del “tiempo-placer-continuo”. Así, las relaciones —que demandan tiempo para haber vinculación, confianza y la posibilidad de reciprocidad— quedan marcadas por la dificultad de mantener continuidad cuando la lógica del tiempo es la del inmediatez. Además, en la lógica posmoderna, destaca la autora, “somos eternamente candidatos a algo: al cuerpo perfecto, al empleo perfecto, al *status*, a la mujer, al hombre.

Tal elección jamás llegará. El ideal posmoderno de subjetividad implica que seamos o estemos eternamente insatisfechos, ávidos por consumo” (p. 77).

Una especie de belicosidad social se establece en la medida que los vínculos sociales son debilitados. Se produce una defensa narcisista ante la posibilidad de dependencia. Lasch (1991) señala que:

La ética de la autopreservación y de la supervivencia psíquica no solamente arraiga entonces en las condiciones objetivas de beligerancia económica, en los índices crecientes de criminalidad y en el caos social, sino también en la experiencia subjetiva de vacío y aislamiento. (p. 75)

Aunque el sujeto pase a buscar relaciones personales, ante la inexistencia de en las relaciones políticas esta búsqueda encubre un desencanto con esas relaciones. La envidia y la explotación muchas veces configuran esos vínculos.

Los cambios de la sociedad hacen que en la contemporaneidad los indicadores de éxito ya no sean buscados en la propia vivencia de satisfacción. Se torna necesario vencer al otro, *tener* más que el otro y, consecuentemente, se pierde capacidad de invertir en el *ser*. La medida es externa. Más que amado, el sujeto quiere ser admirado, quiere provocar fascinación. Puede sentirse mejor endeudado que respetado, es necesario estar en evidencia a cualquier costo (Birman, 1999a; Debord, 1997; Lasch, 1991). El costo parece ser la dificultad de pensar, de encontrar en ese momento reflexivo vías diferentes de acceso al otro; un acceso que tenga que ver con proximidad y deseo, que abra espacio para la singularidad y para la diferencia que no impliquen alejamiento del otro.

La dificultad social de administrar las singularidades lleva a la psicoanalista francesa Elisabeth Roudinesco (2000) a afirmar que:

Mientras más la sociedad pregona la emancipación, subrayando la igualdad de todos ante la ley, más ella acentúa las diferencias (...). Así, la era de la individualidad substituyó a la de la subjetividad:

dando a sí mismo la ilusión de una libertad irrestricta, de una independencia sin deseo y de una historicidad sin historia, el hombre de hoy se transformó en lo contrario de un sujeto. (p. 14)

Se percibe así que la individualidad, al impedir que la colectividad interfiera en lo individual, configura como lema de la cultura el “cada uno por sí y todos contra todos” (Maia, 2005, p. 62).

La consecuencia de una inscripción en el movimiento de la globalización económica consiste en que la sociedad no ansíe oír hablar de culpa, de conciencia o de inconciente. La lógica narcisista aleja la idea de subjetividad y de alteridad. La búsqueda incesante es por la medición, codificación y cuantificación del sufrimiento; casi no hay espacio para pensar el origen del mismo. Se priorizan las respuestas rápidas, las promesas de cura que no exijan mayores compromisos emocionales. Surgen constantemente tratamientos para los sufrimientos psíquicos que aseguran resultados inmediatos, absolutamente de acuerdo con la demanda cultural. Todos tienen, sin embargo, un precio alto. Los recursos farmacológicos prometen la cura sin esfuerzo, tratando de equilibrar los niveles de determinadas sustancias químicas producidas por el organismo biológico, evitando cualquier modalidad de sufrimiento y todo eso a cualquier costo, aun el de la desubjetización. Preconizan una especie de disociación entre el sujeto y sus células, su cuerpo o su química. Con eso el sujeto parece ya no necesitar *implicarse* en su propio sufrimiento (Dockhorn & Macedo, 2008). Se llega al extremo cuando en países como los Estados Unidos se gastan verdaderas fortunas en psicotrópicos recetados a la población. Muchos pacientes son usuarios regulares de múltiples psicofármacos simultáneamente (Calligaris, 2002). Al analizar esa realidad, Bolguese (2003) considera esa intensa medicalización como una expresión de la lógica narcisista de la contemporaneidad. El autor destaca que, si en un primer momento el desarrollo de las medicinas psiquiátricas parecía haber permitido al hombre liberarse de la clausura de la enfermedad psíquica, actualmente con la propuesta posmoderna de utilización desenfrenada de los psicofármacos

el hombre acabó prisionero una vez más. Está condenado ahora “a una nueva forma de alienación pues se busca curar al sujeto de su condición humana prometiendo el fin del sufrimiento psíquico por medio de píldoras que apenas suspenden los síntomas para reorganizarlos en seguida” (Bolguese, 2003, p. 198).

Es en ese sentido que, al describir el sujeto de la contemporaneidad, Maia (2005) refiere que:

En esa imagen social construida para el sujeto no hay lugar para afectos humanos básicos: la angustia y la tristeza son expulsadas del ideario posmoderno y a cualquier señal de su proximidad el individuo debe accesar dispositivos para sedarlas – antidepressivos y las más diversas drogas. (p. 78)

No en vano los padecimientos actuales tienen en la carne y en el acto la evidencia de su drama: la drogadicción, los trastornos alimenticios y los crecientes índices de suicidios.

Maia (2005) entiende, por tanto, que el sujeto posmoderno es un sujeto adicto. La autora no se refiere tanto al dependiente químico (que tiene en el trato con la sustancia no una búsqueda por el deseo pero la prisión por la necesidad) sino, sobretudo, a la “figura de lenguaje que, en al ámbito social, se refiere a ese ser goloso, impaciente, irritable, que necesita ingerir cualquier cosa —zapatos, bebidas, carros, ropas, imágenes televisivas, Viagras, Lexotans— para aplacar su malestar” (pp. 77-78). Si siempre es necesaria una nueva dosis para alcanzar la euforia, confundida con placer, también es siempre necesario llegar más cerca del ideal inalcanzable. De ahí que el adicto siempre esté insatisfecho. Es necesario más. Los trastornos alimenticios tan avasalladores apuntan, según la autora, hacia esa misma dirección. Se busca el cuerpo de las portadas de las revistas aunque se sepa que ellos no existen sin antes pasar por el tratamiento de los audaces programas de computador. Hornstein (2008), por otro lado, aborda las depresiones como la expresión de ese narcisismo contemporáneo enfermo, buscando expandir la clínica psicoanalítica de forma que opere también en el territorio

de esa patología que representa, en una incidencia impresionante, los padecimientos de la posmodernidad.

Se resalta, así, que la comprensión del hombre en la contemporaneidad y de sus sufrimientos hace evidente que la propuesta cartesiana de pensar y, por pensar, existir, no basta para el alcance de la felicidad. El hombre posmoderno, es verdad, muchas veces ni piensa, ya que resulta prisionero de la frenética búsqueda de la euforia en el consumo irrestricto. Sin embargo, mucho más que la imposibilidad de pensar se presenta el no sentir, marcando presencia constante en la incapacidad del sujeto de mirarse a sí mismo y a las diferencias que lo rodean. Así, preso de la promesa de todo tener y nada de malo sentir, el hombre —en consonancia con sus ideales narcisistas— vive esclavizado en un tiempo de fragilidad y voracidad. Necesita consumir todo para despistar al vacío que lo habita. Prisionero de una falsa promesa de control y posesión de completitud vía racionalidad, el sujeto contemporáneo viene pagando un precio alto por desconsiderar los efectos de aquello que es desconocido en sí mismo.

Consideraciones finales

Con el advenimiento de la modernidad la toma de conciencia por parte del hombre, de su existencia asociada a la capacidad lógica de pensar, parecía haber descubierto un nuevo significado para el concepto de sujeto. Mediante el uso libertario y transformador de la capacidad de pensar y de pensar respecto al otro, la noción de interioridad y la posibilidad de una capacidad crítica y reflexiva ganaban preponderancia abriendo espacio para que el hombre tomase realmente posesión de sí mismo, así como pudiese producir importantes transformaciones y avances en la calidad de la relación con el otro. Pero al colocar a la razón como punto mayor a ser alcanzado, ¿cuál espacio queda destinado a la subjetividad y al campo intersubjetivo? ¿cómo los cambios intersubjetivos, en la exigencia intrínseca de consideración y respeto a las diferencias, son considerados en tiempos de extrema individualidad?

¿cuál es el papel destinado al otro si lo que vale es mostrarse siempre pleno? Plenitud que deja al otro relegado al papel de espectador, de vencido y rechazado en su diferencia.

Al descubrirse dueño de sí mismo el hombre pasa a confundir ese estado de libertad con una condición de alejamiento y aislamiento del otro. ¿Qué consecuencias se observan en el campo de la intersubjetividad en los tiempos actuales? Tomando el tema del narcisismo como vivencia fundamental de la constitución de la subjetividad y de la propia noción de alteridad se descubre en la contemporaneidad una forma específica de padecimiento psíquico. En la lucha por la producción de una especie de fascinación en la mirada del otro, el hombre ya no sabe lo que busca o a quien busca, no conoce su deseo y no se permite reflexionar sobre eso.

Buscando aportes psicoanalíticos se procuró demostrar que el predominio de patologías ligadas al narcisismo en la contemporaneidad traduce una especie de alejamiento del sujeto en relación a sí mismo con dramáticas consecuencias en el campo de la alteridad.

La modernidad, que parecía señalar posibilidades de libertad al destacar la importancia del deseo como fuerza transformadora, va perdiendo espacio en una cultura que busca cada vez más el *tener* en relación al *ser*. La moral vigente de exaltación del Yo y de exhibicionismo, según Birman (1999a), hace que la mundaneidad posmoderna valorice a aquellos que saben utilizar los medios de exhibirse y capturar la mirada del otro sin llevar en cuenta cualquier valor. En la medida en que los cambios intersubjetivos se van empobreciendo el sujeto pierde condiciones de depararse con el dolor psíquico y pasa a centrarse en sí mismo asustado con la posibilidad de un verdadero contacto con el otro. El miedo cede lugar al pánico y el otro es mantenido cada vez más a la distancia, enclaustrado en sí mismo; el Yo es actor y platea. Las ideas de competencia y de competitividad ganan espacio en relación a un genuino conocimiento de sí mismo.

En el final del siglo XIX Freud se deparó con una teatralidad histórica que revelaba todo un padecer psíquico; en el final del siglo XX e inicio del XXI la patología sigue expresándose en el privilegio dado a la

exterioridad. En los tiempos actuales las formas de padecimiento son otras pero sigue vigente el intento de encubrir la subjetividad. La estandarización, la importancia de la imagen y la calidad del *performance* son indicadores de una sociedad que prioriza la apariencia. Tales consideraciones son destacadas por Birman (1999a) al afirmar que:

Por los imperativos de la estetización de la existencia y de la inflación del yo se puede hacer una costura entre las interpretaciones de Lasch y Debord, ya que la exigencia de transformar los inciertos percances de una vida en obra de arte evidencia el narcisismo que el individuo debe cultivar en la sociedad del espectáculo. (p. 188)

En esa búsqueda por la forma perfecta, por el relleno de todo y cualquier espacio de falta, el sujeto crea la estética de lo superficial, de lo apelativo y del disfraz de lo que efectivamente lo habita.

Así como la escucha de Freud sobre el sufrimiento histérico en el siglo pasado permitió revelar un mundo desconocido para el propio sujeto, en los tiempos actuales el psicoanálisis sigue ofreciendo herramientas para que se puedan entender los dolores de la contemporaneidad. Detenerse sobre los efectos de esa lógica contemporánea es más que necesario. Se puede afirmar que los modelos de subjetividad contemporáneos y sus avasalladores efectos de vacío y violencia traducen el alto costo a que está sometido el sujeto en esa prisión de sí mismo. La necesidad de una escucha diferenciada del padecimiento psíquico sigue, por consiguiente, vigente. Se vuelve imperativo no minimizar la importancia y las consecuencias de tal padecimiento ahora que el hombre parece no tener tiempo para sí mismo y pasa por eso la mayor parte de la vida intentando alejarse, primero de sí mismo para posteriormente evitar a cualquier costo una verdadera experiencia de alteridad. Necesita correr tanto que ya no sabe si la prisa tiene que ver con la búsqueda o si está apresado en la imposibilidad de parar por no saber lo que encontrará al mirarse.

Referencias

- Baumann, Z. (2004). *Amor líquido: sobre a fragilidade dos laços humanos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Birman, J. (1999a). *Mal-estar na atualidade: a psicanálise e as novas formas de subjetivação*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Birman, J. (1999b). Prefácio. En A. P. Furtado, G. V. Rodrigues, N. F. Chagas, L. Alves & T. D. Gontijo (Eds.), *Fascínio e servidão* (pp. 7-20). Belo Horizonte: Autêntica.
- Birman, J. (2001). Subjetividade, contemporaneidade e educação. En V. M. Candau (Ed.), *Cultura, linguagem e subjetividade no ensinar e aprender* (pp. 11-28). Rio de Janeiro: DP&A.
- Bolguese, M. S. (2003). Depressão e doença nervosa moderna. En L. B. Fuks & F. C. Ferraz (Eds.), *Desafios para a psicanálise contemporânea* (pp. 191-201). São Paulo: Escuta.
- Calligaris, C. (2002). *A feira dos remédios, em que uma certa psiquiatria vende a alma*. Recuperado el 15 de marzo del 2009 de <http://contardocalligaris.blogspot.com/2002/07/feira-dos-remdios-em-que-uma-certa.html>.
- Debord, G. (1977). *A sociedade do espetáculo*. Rio de Janeiro: Contraponto.
- Dockhorn, C. N. B. F. & Macedo, M. M. K. (2008). A complexidade dos tempos atuais: reflexões psicanalíticas. *Psicologia Argumento*, 54(26), 217-224.
- Freire, L. (2002). A histeria e a beleza: uma expressão no contexto cultural da atualidade. *Psicologia Ciência e Profissão*, 3(22), 70-75.
- Freud, S. (1914/1976). Narcisismo: uma introdução. En J. Strachey (Trad.), *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 381-409). Rio de Janeiro: Imago.
- Freud, S. (1930/1976). O mal-estar na civilização. En J. Strachey (Trad.), *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud* (Vol. 21, pp. 74-171). Rio de Janeiro: Imago.

- Homem, M. L. (2003, octubre). *Entre próteses e prozacs: o sujeito contemporâneo imerso na descartabilidade da sociedade de consumo*. Investigación presentada en el Segundo Encuentro Mundial de Estados Gerais da Psicanálise, Rio de Janeiro, Brasil. Recuperado el 12 de diciembre de 2008 de http://www.estadosgerais.org/mundial_rj/port/trabalhos/4_Homem_135161003_port.htm
- Hornstein, L. (2000). *Narcisismo: autoestima, identidade, alteridade*. Buenos Aires: Paidós.
- Hornstein, L. (2008). *As depressões*. São Paulo: Via Lettera.
- Koyré, A. (1982). *Estudos de história do pensamento científico*. Brasília: Forense Universitária.
- Lasch, C. (1991). *La cultura del narcisismo*. Barcelona: Andrés Bello.
- Maia, M. S. (2005). *Extremos da alma: dor e trauma na atualidade e clínica psicanalítica*. Rio de Janeiro: Garamond.
- Millan, M. (2002). *Tempo e subjetividade no mundo contemporâneo: ressonâncias na clínica psicanalítica*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Penna, L. M. D. M. (2003). *Psicanálise e universidade: há transmissão sem clínica?* Belo Horizonte: Autêntica.
- Primon, A. L. M., Siqueira Júnior, L. G., Adam, S. M. & Bonfim, T. E. (2000). História da ciência: da idade média à atualidade. *Psicólogo in Formação*, 4(4), 35-51.
- Roudinesco, E. (2000). *Por que a psicanálise?* Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Roudinesco, E. & Plon, M. (1998). *Dicionário de psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

Recibido: 9 de marzo de 2009

Aceptado: 11 de diciembre de 2009

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE
EDITORIAL CORDILLERA S.A.C.
AV. GRAU 1430 - BARRANCO
SE UTILIZARON CARACTERES
ADOBE GARAMOND PRO EN 11 PUNTOS
PARA EL CUERPO DEL TEXTO
MARZO 2010 LIMA – PERÚ

La prisión del ser: un problema contemporáneo
Mónica Macedo y Carolina Dockhorn

Motivación y voluntad
Stella Maris Vázquez

Imágenes de la niñez desde la perspectiva de las madres peruanas
Magaly Nóbrega, Cecilia Thorne, Betty Peña y Paula Moreyra

**Maltrato entre pares: conductas de intimidación y victimización
en escolares chilenos**
Verónica López, Macarena Morales y Álvaro Ayala

**Validación de la Escala del Sentido del Humor en estudiantes
universitarios**
Mónica Cassaretto B. y Patricia Martínez U.

